CÓMO ARRUINAR A UN VIZCONDE



MIMI MATTHEWS

Libros de seda

Para Daisy Maes

«Nos dicen, de nuevo, en una calle concurrida, que
nuestros miriñaques les lastiman las piernas o los pies.
No mucho, espero —o al médico habría que pagar—;
mi receta es: no se crucen en nuestro camino».

(*Crinoline in Its Bissextile Phases*,
Leichter Hock, 1864)

PRÓLOGO



Abril de 1864

Euphemia Flite se encontraba ante las verjas de hierro que custodiaban la entrada —similar a la de una fortaleza— de la sombría mansión de piedra que se alzaba más allá. El nombre de la institución estaba forjado en pesadas letras de filigrana negra en el arco superior: «Academia Benéfica de la Srta. Corvus para el Perfeccionamiento de Jóvenes Damas».

Las nubes de tormenta primaveral flotaban sobre ella, oscureciendo un cielo ya de por sí gris. Otorgaban un aire siniestro a los extensos jardines yermos de la finca y a los altos muros de granito erosionados por la intemperie. Para la gente, aquello no era más que una escuela de caridad: los dignos restos de lo que antaño fue una propiedad grandiosa a las afueras de Londres, donde huérfanas harapientas y granujas callejeras aprendían los oficios necesarios para ganarse la vida honradamente.

Ella había sido una de esas granujas. La primera. Para Effie, la academia no había sido una escuela; había sido una prisión. Se le encogió el estómago y tembló por la de ansiedad al volver a verla.

Habían pasado más de cinco años desde la última vez que cruzó aquellas puertas. Por aquel entonces se marchaba: una joven de dieciocho años, impetuosa, expulsada por la mismísima directora de la academia, Artemisia Corvus. Pero no había sido una expulsión definitiva; solo un

exilio. Comprendió entonces, con tanta certeza como cualquier otra cosa en el mundo, que algún día —le gustara o no—, la señorita Corvus la convocaría de nuevo.

Y hacía una semana, en París, ese día finalmente había llegado.

Cuadrando los hombros ante el frío, aguardó a que alguien la dejara entrar. Había acudido directamente desde la estación de ferrocarril. Aún vestía su traje de viaje de seda negra, con una capota con velo prendido sobre su impecable cabello azabache y sujetaba una pesada bolsa entre las manos. *Franc* se encontraba cómodamente instalado dentro.

Percibiendo su inquietud, el pequeño caniche negro asomó la cabeza, adornada con un lazo, por la abertura de la bolsa. La miró un instante, como para cerciorarse de que tenía la situación bajo control, antes de volverse para escudriñar a través de los barrotes con el hocico contraído en un amago de gruñido.

Effie le hizo una caricia distraída para calmarlo.

La señorita Corvus no contrataba a ningún hombre como portero. En la época en que ella era estudiante, de las puertas se encargaban las profesoras auxiliares. Pasaron varios minutos antes de que una puerta lateral de la casa se abriera y una de ellas apareciera finalmente. La joven avanzó despacio por el camino de grava, con un pesado chal sobre los hombros, y un gran manojo de llaves en la mano. Una pronunciada cojera le lastraba el andar.

Era Penélope Trewlove. Nell, como solían llamarla sus allegados. No había duda posible ante aquella brillante cabellera rubio platino y aquel rostro encantador en forma de corazón. Al identificar la visita, el semblante angelical de Nell se transformó con una sonrisa pícara entre hoyuelos.

—Debo confesar que no creí que fueras a venir —admitió mientras se acercaba—. Ni siquiera cuando recibimos tu telegrama desde Calais.

Effie le devolvió la sonrisa. Era una expresión sincera, sin artificios; toda una rareza en ella. Durante los últimos años, su actitud había sido más forzada que espontánea. Pero se trataba de Nell, no de una adversaria. Una Nell que apenas parecía haber cambiado con el paso del tiempo.

Cierto era que parecía más alta y sus mejillas eran algo menos rollizas, pero sus ojos conservaban una chispa traviesa y su figura seguía siendo envidiable. Y, por encima de todo, le resultaba familiar; Nell representaba la familia mucho más que la estructura fría y poco acogedora que se erguía a sus espaldas.

—Nell —respondió con calidez—. Tenía la esperanza de que la tuya fuera la primera cara que viera.

—Olvida «mi» cara. —La miró de arriba abajo con un brillo de aprobación mientras se detenía al otro lado de la puerta—. ¡Qué buen aspecto tienes! Estas más hermosa incluso que cuando te marchaste. Apuesto a que es cosa de París. —Su sonrisa se ensanchó, revelando su diente frontal torcido—. ¡Y este debe de ser el famoso *Franc!*

El animal le devolvió la mirada a través de los barrotes. No emitió ninguno de sus gruñidos habituales; parecía intuir que ella era una aliada y no una enemiga.

—*Franc* —lo presentó Effie, con tanta formalidad como si de un caballero se tratase—, esta es la señorita Trewlove.

—¿Cómo estás, *Franc*? —Los hoyuelos de Nell aparecieron de nuevo—. Oh, pero qué encanto de criatura. ¡Y que aire tan continental tiene! Siento como si estuviera juzgando lo pasado de moda que está mi vestido. —Su mirada se posó en el suelo yermo, a los pies de Effie—. ¿Pero dónde está el resto de tus cosas? ¿Acaso no has traído contigo ningún baúl desde París?

—Los dejé en la estación de Waltham. Mandaré a buscarlos en cuanto hable con la señorita Corvus. —Hizo una pausa—. Siempre y cuando me dejes pasar.

Nell hizo una mueca elocuente.

—Sí, sí. Por supuesto. Siento haberte hecho esperar, sobre todo con este tiempo; parece que va a ponerse a llover en cualquier momento. —Buscó en el manojo de llaves hasta seleccionar una pesada de hierro negro—. Confío en que no lleves aquí demasiado tiempo.

—El cabriolé me dejó hace apenas diez minutos.

—¿Diez minutos? ¡Cielo Santo! Me sorprende que no hayas intentado forzar la cerradura.

La sonrisa de Effie se apagó.

—¿A eso se han visto reducidas las alumnas de la academia en mi ausencia? ¿A jóvenes capaces de hacer trucos de salón?

Nell deslizó la pesada llave en la cerradura y abrió las altas puertas con un chirrido metálico.

—Lo que tú llamas trucos de salón yo los llamo habilidades útiles.

No lo dudó. Nell siempre había creído en los dudosos propósitos de la señorita Corvus. Esa era una de las razones principales por las que había aceptado quedarse como profesora auxiliar. De hecho, al alcanzar la mayoría de edad, a ambas se les había presentado la misma oferta: un contrato de cinco años tras el cual podían quedarse en la academia de forma permanente o marcharse con una pequeña asignación a buscar fortuna.

A la directora le gustaba mantener cerca a sus alumnas predilectas. Y, al haber sido las integrantes de la promoción fundacional —la primera y la segunda, respectivamente—, nadie era más especial para ella que Effie y Nell.

Las puertas se abrieron de par en par con un gemido lastimero. Cruzó el umbral para estrechar entre sus brazos a su antigua compañera.

—Algunas habilidades son más útiles que otras —sentenció.

Nell le devolvió el abrazo de forma efusiva.

—¿Acaso no has tenido ocasión de forzar ninguna cerradura mientras servías de dama de compañía a madame Dalhousie?

—Ni una sola, gracias al cielo.

Sus obligaciones se habían limitado a seguir a la excéntrica viuda a salones literarios y artísticos, bailes fastuosos, cenas de gala y otros eventos sociales, tanto los respetables como los que no lo eran tanto. Tal era la vida de una dama de compañía, incluso una tan afortunada como para residir en la Ciudad de la Luz.

—Una pena —declaró Nell—. Te faltará práctica para lo que te espera.

Effie se echó hacia atrás, con el ceño fruncido. Escudriñó el rostro de Nell.

—Así que de «eso» se trata, ¿no es cierto?

—Naturalmente. —Cerró de nuevo las puertas tras de sí, visiblemente orgullosa de su hazaña—. Debiste imaginarlo al recibir mi dechado. Ingenioso, ¿verdad?

El dechado de bordado había llegado al apartamento de madame Dalhousie en París la semana anterior. Aquella obra maestra de técnica avanzada consistía en un rectángulo de tela basta donde delicados hilos de colores dibujaban una casa de piedra y sus jardines, un abecedario desordenado y una bandada de pájaros sobrevolando el conjunto. Cuatro cuervos, para ser precisos, uno de los cuales tenía la punta de un ala blanca. Esto último era el emblema oficioso de la academia y pieza indispensable de cualquier mensaje cifrado. Visto en su totalidad, el código había resultado ser sencillo de resolver. Effie lo había descifrado para obtener una orden inequívoca: «Vuelve al nido».

—Ridículo más bien —repuso sin rastro de malicia en la voz.

De todas las residentes de la academia, Nell era la única a quien consideraba una amiga. Habían mantenido una correspondencia más o menos regular durante su exilio. Juntas retomaron el camino de grava hacia la casa. La pierna de Nell se trababa con cada paso; Effie percibía aquel movimiento sin necesidad de mirarlo. Sintió brotar de nuevo la culpa por su papel en el accidente de la infancia que causó la lesión de su amiga. En realidad, ese remordimiento nunca la había abandonado, a pesar de que Nell le había asegurado hacía tiempo que no le guardaba resentimiento alguno.

—Podrías haberme escrito una carta normal —prosiguió—, en lugar de plantearlo como un acertijo.

—Qué aburrido habría sido eso —repuso su amiga, tomándola del brazo—. Resultaba mucho más divertido poner en práctica mis dotes de costura.

Las faldas de gran vuelo chocaban entre sí mientras caminaban. Era inevitable, dado el tamaño de los miriñaques de alambre. La señorita Corvus no era una mujer dada a las complacencias de la moda, pero había hecho una excepción con aquella prenda íntima tan polémica y, en apariencia, poco práctica. Todas las profesoras los vestían, así como la mayoría de las huérfanas mayores. Tanto Nell como ella portaban los suyos como si de una armadura se tratase.

Nadie podía acercarse con facilidad a una joven que vestía un miriñaque de alambre, al menos no sin descolocarlo por completo. La envergadura de la prenda ofrecía una barrera de protección, aunque su descomunal tamaño cumplía otro propósito: el miriñaque convertía incluso a la más menuda de las mujeres en una criatura intimidante. Ocupaba espacio —lo reclamaba, más bien— en un mundo donde a menudo las damas eran arrinconadas.

—He descubierto que la gente nunca se molesta en examinar los dechados con detenimiento —siguió diciendo la joven—. Y cuando lo hacen, solo buscan los defectos, jamás el significado. Eso los convierte en el vehículo ideal para enviar mensajes cifrados.

—Eres una madame Defarge[1] de nuestros días —señaló Effie.

A Nell le centellearon los ojos.

—Salvo que mis mensajes siempre buscan el bien.

Le lanzó una mirada elocuente mientras ascendían por la escalinata de la entrada.

—Eso está por ver.

Al igual que la fachada de la casa, el vestíbulo principal era de piedra envejecida, desgastada a lo largo de los siglos hasta adquirir un lustre delicado. Alfombras descoloridas cubrían el suelo y tapices apolillados decoraban las paredes junto a dos enormes óleos de marcos dorados. Uno de ellos era una reproducción excelente de *Judit decapitando a Holofernes,* de Gentileschi. Lo recordaba allí desde su llegada a la academia siendo una niña. Una pintura capaz de amedrentar a cualquier criatura.

El otro óleo también había estado allí desde siempre. Era el retrato de una mujer morena con un hábito negro y apagado, que posaba erguida y majestuosa en el umbral de una puerta. Pero no era un retrato convencional concebido para favorecer a la modelo. La mujer de la pintura daba la espalda al espectador y tenía el rostro completamente oculto a la vista.

---

1 N. de la Ed.: Madame Defarge es un personaje de *Historia de dos ciudades*, de Dickens, que encarna el deseo de venganza y teje al lado de la guillotina durante las ejecuciones.

En una ocasión había oído a la señorita Corvus contar el significado de la obra a un caballero que, movido por la curiosidad, acudió a inspeccionar el lugar de parte del consejo parroquial.

«La mujer oculta el rostro por modestia», le había dicho.

Era una explicación tan válida como cualquier otra, y bastó para satisfacer a aquel hombre piadoso. Sin embargo, no era la verdad, como ella misma no tardaría en descubrir.

Mientras se desataba la capota con destreza, sin soltar el bolso de viaje, *Franc* escrutó el vestíbulo, recorrió aquel extraño entorno con sus ojos castaños. Soltó otro gruñido bajo, aunque no hubiera nadie cerca que lo justificase. A esas horas, las alumnas estarían en clase, repartidas por la casa como abejas en un panal.

Pero ¿qué había de la abeja reina?

La última vez que se enfrentó a ella, Artemisia Corvus ocupaba el despacho de la cuarta planta: una estancia remota en la torre, atestada de libros, legajos antiguos atados con cintas y un desconcertante sistema de archivo cuyo secreto solo conocía quien lo había inventado.

—¿Dónde está? —preguntó, encaminándose hacia la ancha escalinata de roble oscurecido que se alzaba al fondo del vestíbulo—. ¿En el despacho?

—No —respondió Nell, sujetándola de la manga—. Se encuentra en sus aposentos privados.

Arqueó las cejas. La señorita Corvus jamás recibía a ninguna de las alumnas en sus aposentos privados; ni siquiera a las profesoras. Al menos, nunca lo había hecho mientras Effie vivía allí. Los aposentos de la señorita Corvus siempre habían permanecido cerrados, tan impenetrables como una tumba tras un par de altas puertas de madera reforzadas con hierro. Ni las más audaces de la academia se habían atrevido a intentar entrar.

Nell la guio por el pasillo.

—Enfermó hace unos meses. Se ha debilitado considerablemente y subir escaleras se ha vuelto una tarea difícil para ella.

Al oír la noticia, se le revolvió aún más el estómago. No podía imaginar que nada fuera capaz de debilitar a la señorita Corvus. Para ella, la directora había sido siempre una figura invencible.

—¿Está...?

—Está recuperándose —la interrumpió Nell—, pero poco a poco.

Avanzaron por el largo pasillo bajo los altos arcos de piedra, dejando atrás la biblioteca y la antigua aula de música. Al girar a la derecha, el paso se estrechó hasta conducirlas ante las puertas reforzadas con hierro. El gesto de su amiga se volvió grave al detenerse frente a ellas.

—Yo no entraré. La señorita Corvus ha insistido en hablar contigo a solas.

—Ah, ¿sí? —musitó mientras sacaba a *Franc* del bolso de viaje para dejarlo en el suelo de piedra. El perro se sacudió antes de salir disparado, pero ella logró asir la correa antes de que escapara. *Franc* era un compañero tan leal como travieso; no podía evitar el impulso de explorar. Le entregó la correa a Nell.

—¿Me harías el favor de sacarlo a que le dé el aire? Y, por favor, no lo sueltes. Es tan veloz como un galgo cuando se lo propone; no podrías alcanzarlo.

Su amiga no hizo preguntas; conocía bien el carácter de *Franc* por sus cartas.

—Lo llevaré a dar una vuelta por el jardín —asintió—. Búscame allí cuando termines.

Aguardó a que se alejara antes de llamar a la puerta con dos golpes secos. Se produjo un tenso instante de silencio hasta que la directora respondió.

—Adelante.

Aquella voz cortante, teñida de escarcha, surtió el efecto habitual en ella. Era una reacción nacida de un recuerdo demasiado lejano para evocarlo como algo más que una emoción instintiva. Hizo que deseara encogerse, hacerse invisible. Tal vez así la señorita Corvus no la vería. No se la llevaría.

Pero nunca se le había dado bien pasar desapercibida.

Haciendo de tripas corazón, abrió la puerta.

❋❋❋

Al entrar, se encontró una sala de estar oscura. Las cortinas se habían corrido y no había ninguna vela encendida. Solo había suficiente luz

como para distinguir los pesados muebles de caoba, los jarrones con ramos de flores resecas, los sudarios de tela negra que cubrían los cuadros de las paredes y el espejo que colgaba encima de la chimenea.

Pese a las ideas progresistas de la señorita Corvus y a su empeño en mirar hacia el futuro, aquella estancia estaba firmemente anclada en el pasado. Era una habitación velada, sumida en una oscuridad rancia y decadente.

La directora también estaba cubierta por un velo la primera vez que Effie la vio, aquel fatídico día dieciocho años atrás en St. Giles, en los barrios bajos de Londres.

Estaba sentada en un sillón tapizado en damasco verde junto a la ventana, con el rostro al descubierto y de una palidez cérea. Vestía de riguroso negro, igual que ella: un traje de seda liso y de corte impecable sobre un imponente miriñaque de alambre. Un broche de azabache le relucía en la garganta y sostenía un pañuelo de encaje en la mano. Junto al sillón, sobre una mesa de malaquita, reposaba una bandeja con una jarra de agua, un vaso y un frasquito marrón de botica. «Algún tipo de tónico», sospechó mientras cruzaba la estancia.

Cerrando la puerta tras de sí, avanzó para reunirse con su antigua profesora.

La señorita Corvus la miró acercarse con la intensidad de un ave rapaz. Apenas parecía haber cambiado desde que entró en su vida siendo una niña; solo las hebras de plata en el cabello y los surcos que enmarcaban su boca perpetuamente desaprobadora revelaban que rondaba los cincuenta. Effie se detuvo ante ella y le hizo una reverencia perfecta, digna de los salones de París.

—Señorita Corvus.

—Señorita Flite —respondió ella con su habitual tono distante—. Veo que el dinero que puse en tus manos no se ha malogrado del todo. —Hizo un ademán para que retrocediera, antes de ordenar—: Deja que te vea bien.

Effie se mantuvo firme, con el mentón alzado, sometiéndose en silencio al gélido escrutinio de la señorita Corvus. La examinó de pies a cabeza: desde el moño trenzado de cabello azabache hasta su mirada felina,

de un azul tan profundo que se le antojó violeta. Se fijó en su semblante serio, enmarcado por cejas oscuras y arqueadas, pómulos prominentes y labios carnosos. Por último, recorrió su figura: esbelta y atlética, pero no exenta de curvas.

Aquel físico, unido a una tez llamativa —un tono uniforme y cálido a medio camino entre el marfil oscuro y el oliva—, la alejaba de la belleza convencional para convertirla en un enigma seductor. Era imposible no seguirla con la mirada; imposible no preguntarse entre susurros: «¿Quién es?», «¿de dónde viene?».

Eran las mismas preguntas que ella había empezado a hacerse. Las mismas que, cinco años atrás, habían provocado que la enviaran lejos.

—Raramente me equivoco —comentó al terminar el examen—, pero no me cuesta reconocer mis errores. —Le indicó con un gesto impaciente que tomara asiento.

Dedicándole una reverencia sardónica antes de sentarse, reconoció el cumplido implícito en esas palabras.

—Eras una niña bonita, pero no prometías convertirte en una gran belleza —continuó—. No como la señorita Trewlove. Ella estaba destinada a ser mi Afrodita personificada.

—De ahí su nombre —asintió.

—Y tú... tú estabas destinada a alzar el vuelo.

—De ahí el mío. —Su voz carecía de humor. No era la primera vez que la señorita Corvus había expresado tales sentimientos, pues había albergado esas intenciones desde que las acogió a ambas. Era una mujer que rara vez carecía de un plan; alguien para quien una huérfana era una herramienta antes que una obra de caridad cristiana.

—Irónico, ¿no es cierto? —musitó la directora—. Pensar que crie a un halcón que le teme a las alturas.

Contuvo un respingo. Se había preguntado cuánto iba a tardar en sacar a colación su mayor defecto; el mismo que causó el accidente de Nell.

Ahogando su sentimiento de culpa, se obligó a mostrar un aire de indiferencia.

—Hasta el gran Aquiles tenía una debilidad.

—Que resultó ser su perdición. En tu caso, por ahora solo ha sido la ruina de la señorita Trewlove. Procura que no sea también la tuya.

—¿Es por eso por lo que me ha convocado? —preguntó—. ¿Desea que trepe por los muros y espíe por las ventanas? Si esa es su gran idea, se ha equivocado de persona.

—No seas impertinente. Recuerda con quién estás hablando.

Guardó un silencio hostil.

—Mucho mejor —dijo la señorita Corvus, secándose los labios con el pañuelo. Unas gotas de sudor perlaban su frente y un rubor enfermizo le teñía las mejillas, como si el mero hecho de hablar la hubiera agotado.

Nell había mencionado que estaba enferma, pero no le había puesto nombre a su dolencia. Se le ocurrió que tal vez aquel mal fuera algo mucho más serio que un simple resfriado o unas décimas de fiebre.

—Madame Dalhousie me ha enviado informes regulares sobre tu conducta —añadió, tras bajar el pañuelo—. Afirma que has dejado atrás tu propensión al caos; que has sido una dama de compañía diligente, una observadora perspicaz y una alumna aventajada. También dice que has cosechado una legión de admiradores. Confío en que no te hayas enredado con ninguno de ellos.

Effie bufó ante tal sugerencia.

—Desde luego que no.

Cualquier flirteo que se hubiera permitido durante su estancia en el extranjero había sido por puro adiestramiento, nunca un ejercicio de pasión. Había pulido sus habilidades jugando con los mismos caballeros que pretendían, cruelmente, jugar con ella. No había sido ninguna gran hazaña; al contrario, el sexo masculino se lo ponía demasiado fácil. Se empeñaban en subestimar a las mujeres, en creer que las jóvenes eran presas en lugar de depredadoras.

—No esperaba menos —declaró su interlocutora—. Siempre se te dio bien transformarte para amoldarte a la compañía. Te será de gran ayuda en tu nuevo cometido.

Una punzada de decepción la pilló desprevenida.

—¿Un nuevo cometido?

—¿Acaso esperabas otra cosa?

—He pasado casi cinco años en París. Pensé...

La boca de la señorita Corvus se curvó.

—¿Que ya te habías ganado tu asignación?

No respondió. Porque eso era, en realidad, lo que había pensado. En ese momento comprendió que había sido una estúpida al creerlo. Cinco años como dama de compañía no eran exactamente lo mismo que un contrato de enseñanza de cinco años. Naturalmente, no se aplicarían las mismas condiciones.

Se sintió una estúpida por haberlo supuesto siquiera. Peor que eso: una necia, pues últimamente había cimentado sus sueños sobre la promesa de esa supuesta asignación. Había osado imaginar que ella y *Franc* podrían encontrar un lugar en alguna parte. Un hogar que fuera solo suyo.

—¿Qué has hecho para ganártela? —preguntó—. Tan solo has estado en la escuela, aprendiendo tu oficio.

—No asistí a ninguna en París.

—Al contrario. Si la academia fue tu Eton, París ha sido tu Oxford. Reconozco que has sido una estudiante de lo más aplicada, pero no has sido más que eso. Ahora es cuando empieza tu trabajo. —La miró fijamente—. ¿Qué tienes que decir a eso? ¿Un puesto en otra casa?

Effie reprimió la oleada de amargura que le anudaba la garganta. Se negaba a permitir que la señorita Corvus adivinara sus sentimientos; la principal fortaleza de una dama residía en mantener la compostura.

—¿Qué puedo decir? —preguntó—. Como siempre, existo únicamente para cumplir su voluntad.

La señorita Corvus no lo discutió. Había sido su dinero el que había costeado su vida en Francia durante esos cinco años. Y sus contactos. Había sido ella quien lo dispuso todo para que sirviera como dama de compañía de madame Dalhousie.

Comprar a *Franc* había sido su único acto de independencia. A diferencia de la ropa, del alojamiento o incluso de las amistades que había trabado en el extranjero, *Franc* le pertenecía únicamente a ella.

—Entonces estamos de acuerdo —concluyó la directora. Abrió el cajón de la mesa y sacó una tarjeta con una dirección escrita en tinta negra. Se

la entregó—. Esta tarde viajarás a Londres. Irás aquí, a Mayfair. Tengo allí una conocida, lady Belwood, que patrocinará tu entrada en sociedad.

Effie mantuvo la compostura por pura fuerza de voluntad. Una cosa era que una huérfana se moviera en las altas esferas como dama de compañía y otra muy distinta ser presentada como una igual. Ese era el destino de las hijas de caballeros, no de una antigua niña de la calle.

—¿Con qué propósito? —preguntó.

—Nadie te conoce aún en Londres. Eres una completa desconocida. Por eso insistí en que no visitaras la ciudad antes de tiempo, y por eso me enfurecí tanto cuando descubrí que habías intentado hacerlo.

Le asombró que estuviera dispuesta a mencionar lo ocurrido hacía cinco años; pero, si lo sacaba a colación, no pensaba andarse con rodeos.

—No pretendía visitar el Londres elegante. Mis asuntos estaban en St. Giles.

Se había dirigido allí al cumplir los dieciocho. No llegó muy lejos; la señorita Corvus la interceptó apenas un día después.

«¡Muchacha irritante!», le había espetado furiosa durante el tenso trayecto de regreso a la academia. «¿Qué diablos pretendías lograr con semejante insensatez?».

«Quería descubrir mi pasado», había respondido ella.

«No tienes pasado», le rebatió la directora. «Solo un futuro. Y ese futuro me corresponde decidirlo a mí, no a ti».

Sentada frente a ella, un destello de ira ensombreció los ojos de la señorita Corvus ante el recuerdo de su ingratitud.

—Fue un error estúpido por tu parte regresar a aquel lugar.

—¿Fue estúpido preguntarme por mi madre? —preguntó.

No conservaba un recuerdo nítido de ella, solo la evocación borrosa y onírica de una mujer rubia en una habitación mugrienta situada sobre una maloliente tienda de trapos y trastos viejos. Una mujer que tal vez se llamaba Grace. Aquella imagen la había atormentado desde que tenía memoria.

—Esa pobre desgraciada no era una madre —le espetó la directora—. Era un engendro de los bajos fondos, sin medios ni deseo de mantener a una criatura. Se desprendió de ti por voluntad propia. Y recibió una

generosa compensación por ello. Que aún persistas en idealizarla solo demuestra tu falta de madurez. —Apretó los labios antes de añadir—: Me decepcionas, señorita Flite.

—Y usted me malinterpreta a mí, como de costumbre —se defendió con rigidez—. No tengo interés alguno en familias felices, ni me hago ilusiones. Es el conocimiento lo que busco.

La señorita Corvus soltó un bufido desdeñoso.

—Ya lo tienes. Sabes lo mismo que yo.

Effie albergaba sus dudas al respecto. Sabía solo lo que la directora había querido contarle, y no podía confiar plenamente en ello, porque era incapaz de recordar los detalles por sí misma. Era demasiado joven cuando dejó los bajos fondos.

O mejor dicho, cuando se la llevaron de allí.

Lo único que recordaba con claridad era que un día cometió el error de intentar robarle el monedero a la directora. Era un llamativo ridículo de terciopelo, abultado por el volumen de las monedas. Había cortado las cintas de la muñeca de su víctima con una navaja de afeitar mientras esta se detenía en un puesto de flores de Covent Garden.

Aquello sí lo recordaba, pues ese único acto de desesperación había sellado su destino.

En cuanto al resto...

—Si no lo recuerdas, ¿por qué te empeñas en hacerlo? —preguntó—. Considéralo una bendición y date por satisfecha. —Se humedeció los labios de nuevo antes de continuar—: Pasas demasiado tiempo mirando hacia atrás. Es el futuro lo que debería preocuparte.

—Un futuro que usted pretende decidir por mí.

—Eres mayor de edad. Eres libre de irte en cualquier momento.

—Pero no soy realmente libre. —Esta vez no pudo evitar que la frustración se manifestara en su voz. Cada prenda que poseía pertenecía a la señorita Corvus. Todo lo que había aprendido. Todo lo que era. Con cada habilidad adquirida, cada vestido confeccionado para ella y cada noche a salvo en una cama caliente había ido contrayendo una deuda. Nunca se había plasmado por escrito, pero era tan consciente de ella como de su propia respiración.

La directora pareció comprender su dilema, pero no mostró la menor compasión.

—El honor fue lo que te trajo de vuelta. Y el honor es lo que te retiene aquí.

—Una deuda de honor —afirmó—. Y pienso saldarla.

—Oh, lo harás —asintió la señorita Corvus—. No tengas duda.

Aguardó con creciente desazón.

—Hay un hombre —reveló al fin—. Lord Compton.

Al pronunciar su nombre, le sobrevino un ataque de tos seca y persistente. Se apretó el pañuelo contra los labios hasta que los espasmos remitieron. Cuando retiró la tela de encaje, estaba manchada de sangre.

A Effie se le cortó la respiración. Le asaltó el vago recuerdo de haber presenciado una escena similar: una mujer que tosía sangre sobre un trapo mugriento. Aquello no había sido más que un presagio de muerte.

La enferma prosiguió con esfuerzo:

—Es un villano de la peor calaña.

—¿Su crimen?

—Segó la vida de una joven que me era muy querida. Más que cualquier otra criatura sobre esta tierra. Era como tú: fuerte, hermosa, inteligente. Una muchacha de potencial infinito... hasta que Compton se cruzó en su camino con sus palabras lisonjeras y sus besos engañosos. Primero se las ingenió para robarle el corazón; después, le arrebató su fortuna. Su traición fue su fin.

Effie se quedó paralizada, estupefacta.

—¿Está diciendo que la mató?

Ella no confirmó ni desmintió la acusación.

—Sucedió hace muchos años, mucho antes de que vinieras a la academia. Jamás ha rendido cuentas por ello. La joven no tenía familia que reclamara justicia en su nombre e, incluso si la hubiera tenido... nadie habría creído a Compton capaz de semejante bajeza. Por aquel entonces era joven y apuesto, y sabía ganarse el favor de todo el mundo.

—¿Y ahora?

—Ahora es un hombre respetable. Un político que oculta su verdadera naturaleza bajo un manto de piedad impenetrable. Su reputación es

intachable. «Lord Salomón»[2], lo llama la prensa. Un hombre de un juicio, una decencia y una sabiduría excepcionales. —Otro ataque de tos interrumpió su discurso.

Poniéndose en pie, Effie se acercó a la mesa y le sirvió un vaso de agua. La señorita Corvus lo aceptó agradecida. Se limpió los restos de sangre de los labios con el pañuelo antes de beber.

La joven la observó con el ceño fruncido.

—¿Qué tiene que ver ese tal Compton con usted?

—Tiene que ver con todas nosotras —sentenció la señorita Corvus, bajando el vaso—. La traición a una mujer es una traición a todas.

—Pero esa muchacha a la que conocía...

—Murió hace mucho y, con ella, las pruebas de los crímenes de Compton. Ya te lo he dicho: mi preocupación es el futuro. —Posó el vaso sobre la mesa antes de proseguir—: Se está debatiendo seriamente la presentación de un proyecto de ley sobre la propiedad de las mujeres casadas ante el Parlamento. De aprobarse, otorgaría a una mujer casada los mismos derechos que a una soltera. En adelante, podría conservar lo que ganara durante su matrimonio y mantener el control de sus bienes. Ante la ley británica, dejaría de ser un simple apéndice de su marido. Supondría seguridad e independencia para innumerables mujeres en todo el reino. Las consecuencias son demasiado trascendentales para no darles importancia.

Effie volvió a sentarse despacio. Podía estar en desacuerdo con los métodos de la directora, pero sus opiniones sobre el bienestar de la mujer siempre habían coincidido con las de su antigua maestra. Así había sido desde que, a la temprana edad de trece años, leyó por primera vez el *Breve resumen, en lenguaje sencillo, de las leyes más importantes relativas a las mujeres,* de la señorita Leigh Smith. Aquel texto revelador, de lectura obligatoria en la academia, había expuesto con toda crudeza las monstruosas injusticias legales que sufrían las mujeres.

---

2 N. de la Ed.: El rey Salomón era conocido por su sabiduría, se le atribuye la autoría de *El cantar de los cantares* y también la creación de un harén con más de mil mujeres, por lo que el apodo puede tener un doble sentido.

—Parece una propuesta excelente —admitió.

—Si Compton se sale con la suya, ese proyecto de ley jamás verá la luz. Puede anularlo con una sola palabra.

—¿Tan segura está de que lo hará?

—Ya ha insinuado que se opondrá, sea hoy, mañana o dentro de dos años. Y cuando lo haga, los demás lores le seguirán; todos se dejan guiar por él. Solo queda una cosa por hacer. —El semblante de la señorita Corvus se endureció con un gesto de determinación—. Hay que destruir a Compton.

Observó con detenimiento a su antigua mentora.

—¿Qué tiene en mente? ¿No querrá decir...?

—No seas ridícula —la reprendió—. No somos asesinas. Somos mujeres civilizadas en un mundo incivilizado que actúan para equilibrar la balanza. Cuando hablo de destrucción, me refiero a la reputación de Compton. Por eso te he hecho llamar. Nadie sabe quién eres; no conocen nuestra relación ni tus inciertos orígenes. Has estado en París y te has convertido en una dama sofisticada. Compton tiene buen ojo para la belleza. Puede que tus encantos no se comparen a los de la señorita Trewlove, pero siguen estando muy por encima de lo común. Él te franqueará la entrada a su mundo. Y tú... tú serás su fin.

Effie comenzó a comprender.

—¿Quiere que lo arruine? Pero ¿cómo?

—Compton ofrecerá un baile para inaugurar la temporada. Lady Belwood te llevará como su invitada. Engráciate con él y con su esposa. Consigue que te inviten a sus reuniones; suelen alternar mucho. Así tendrás sobradas oportunidades de registrar su residencia de la ciudad y su propiedad de campo. Las pruebas de su verdadera naturaleza estarán allí. «El lobo muda los dientes, pero no las mientes». Encuentra algo que podamos usar en su contra.

—¿Cualquier cosa? ¿O...?

—Algo decisivo. —La señorita Corvus apretó el pañuelo con tanta fuerza que los nudillos le palidecieron—. Quiero que el nombre de Compton se convierta en sinónimo de todo lo que hay de bajo y despreciable en la sociedad. Quiero que todo lo que toque se reduzca a cenizas.

Que todo aquello a lo que se oponga se alce victorioso sobre él. Su ruina será la salvación de este proyecto de ley. Y esa ruina depende de ti.

—Da por hecho que seré capaz...

—Lo harás. Y te daré incentivos de sobra. —La directora inspiró con un estertor. Dos manchas de color brotaron en sus mejillas céreas—. En cuanto cumplas con esta tarea, daré por saldada tu deuda conmigo. Tendrás libertad para marcharte de aquí con el honor intacto y con todo lo que te he dado, además de una modesta suma que depositaré en la cuenta que elijas. Será suficiente para que emprendas con seguridad tu camino hacia la independencia.

El pulso se le aceleró. Una oferta así era demasiado buena para ser cierta.

—¿A cuánto asciende esa «modesta suma»?

La señorita Corvus pronunció una cifra.

Parpadeó asombrada. La cantidad superaba con creces la asignación prometida hacía tanto tiempo.

—¿Y todo lo que debo hacer a cambio es encontrar las pruebas para provocar la caída de Compton? —Apenas daba crédito a lo que oía—. ¿Eso es todo?

—Mi querida señorita Flite —corrigió la directora—, eso lo «es» todo. —Alargó la mano hacia el frasco de tónico—. ¿Y bien, muchacha? ¿Qué me dices?

No dudó. Ansiaba desesperadamente la libertad. Y también quería conservar todas sus cosas hermosas. Y, por supuesto, estaba el dinero...

—Está bien. Acepto sus condiciones.

CAPÍTULO 1



Mayo de 1864

Gabriel Royce se reclinó en el sillón orejero de cuero color sangre tras el escritorio de nogal tallado del vizconde Compton, como si el mueble, la biblioteca y la majestuosa mansión en la plaza Grosvenor le pertenecieran. Llevaba abierto el frac de su impecable traje de etiqueta, dejando a la vista la corbata blanca y el chaleco de seda negra.

—Me parece bastante sencillo —comentó.

Su actitud desenfadada quedaba desmentida por el amenazante deje de Birmingham que afilaba sus palabras. En la última década se había esmerado en cultivar un acento distinguido —habilidad necesaria para tratar con los aristócratas de mente estrecha con los que solía hacer negocios—, pero cuando su temperamento se encendía, la realidad de sus orígenes siempre acababa por manifestarse.

En esos momentos, no había forma de ocultar su procedencia. Aunque había erigido un reino en St. Giles, sus raíces estaban en el Black Country, el corazón industrial donde había nacido y pasado los primeros años de su vida. Había llegado a Londres con apenas doce años, un huérfano peleón que se había abierto camino en los bajos fondos a base de ingenio... y de puños.

Lord Compton caminaba de un lado a otro sobre la alfombra de la biblioteca, con el ceño fruncido en un gesto de furia. Era un hombre

apuesto, de cincuenta y tantos, con una melena castaña salpicada de gris y una barba poblada y entrecana. Su silueta, aunque algo entrada en carnes, conservaba un aire atlético, resultado de los buenos vinos, los deportes aristocráticos y una vida de privilegios incalculables. Al igual que Gabriel Royce, vestía de etiqueta rigurosa, aunque su atuendo probablemente procedía de Savile Row y no de algún sastre de los barrios bajos que luchaba por sobrevivir.

—¿Sencillo, dice? —repitió, consternado—. ¿Acogerle en mi casa? ¿Permitirle alternar con mis amigos? ¿Con mi familia?

A él le divirtió su visible enfado. Por lo general, aquel hombre era imperturbable: un político de pies a cabeza, de tono reflexivo y modales sobrios.

—Vamos, milord. No es como si le estuviera pidiendo la mano de su hija.

Compton se volvió, entrando en el círculo de luz proyectado por la lámpara de su escritorio. Su rostro se transfiguró con una mueca de indignación paternal.

—Está llegando demasiado lejos, Royce.

—No lo suficiente, al parecer, si cree que tiene la opción de negarse.

El vizconde resopló.

—¿Y arriesgarme a que lance a su banda de rufianes contra mí?

El eco distante de una orquesta de cuerda se filtraba desde el salón de baile, en el piso de arriba, fundiéndose con el murmullo de las voces y el rítmico paso de los invitados que aún seguían llegando. Cuando había entrado en la biblioteca sonaba una polonesa, seguida de una danza de campo; en ese momento comenzaba una nueva pieza: un galope animado que, a juzgar por el estruendo de las pisadas en el techo, bailaba una multitud de parejas.

El baile de los Compton era el primer acontecimiento distinguido de la temporada. Se decía que acudirían las personalidades más ilustres de Londres: nobles de alcurnia, damas acaudaladas y políticos influyentes. El vizconde y su esposa ya habían recibido a la gran mayoría cuando él se presentó allí, sin previo aviso y sin invitación.

A cambio de unas pocas monedas, un lacayo complaciente le había indicado el camino hacia la biblioteca. El vizconde había entrado poco después

y lo encontró sentado tras su escritorio, vestido para la velada y con la paciencia engañosa de un lobo hambriento que aguarda el momento de atacar.

Al observarlo en ese momento, el joven esbozó una sonrisa indolente.

—Si no hace lo que le pido, mis «rufianes» serán el menor de sus problemas.

Las facciones del vizconde se volvieron de piedra. No era un cobarde; hacían falta agallas para caminar por la cuerda floja de la reputación durante tantos años. Pero, por muy audaz que fuera, conocía sus límites. Al final, accedería a sus deseos. El resultado era inevitable; la única duda era la rapidez con la que lo haría.

Por desgracia para él, la paciencia de Gabriel se estaba agotando.

—¿No le basta con que mantenga a la ley alejada de sus negocios en St. Giles? —insistió en un último intento de razonar—. ¿Con que proteja sus intereses de quienes pretenden expulsarle de allí? —Apoyó las manos en el borde del escritorio—. Usted y yo tenemos un acuerdo.

Royce se puso en pie, haciendo valer su considerable estatura.

—Y aun así, me insulta —añadió.

El vizconde se irguió y retrocedió un paso; no tanto por miedo, sino por su negativa a someterse a aquella imponente presencia. Compton no permitiría que nadie lo amenazara, y mucho menos alguien a quien consideraba tan por debajo de su estatus.

—No es un insulto insistir en que nos mantengamos en nuestras esferas —dijo—. Mis invitados de esta noche son de una clase muy distinta a la que está acostumbrado. Son caballeros influyentes...

—Igual que yo —lo interrumpió Gabriel—. Y por eso me los va a presentar. —Esbozó una nueva sonrisa—. Me ha dado el capricho perverso de volverme respetable.

El vizconde apretó los labios. Lanzó una mirada hacia las puertas cerradas de la biblioteca; la música se filtraba a través de ellas como un recordatorio de sus deberes hacia sus invitados y de su posición social.

—Sus bromas están fuera de lugar, señor.

—No es ninguna broma. Estoy trazando un plan de reforma para esos barrios. Cuando llegue el momento, necesitaré el apoyo generoso de benefactores acaudalados.

Exhaló un resoplido de desprecio.

—¿De eso se trata? —Pasando a su lado, abrió de golpe un cajón de su escritorio y sacó su talonario de cheques—. Si lo que busca es dinero para los pobres, no hace falta que acuda a nadie más que a mí.

Tomó su pluma de acero, listo para garabatear una orden de pago.

—No me opongo a invertir en una casa de trabajo —agregó.

Gabriel Royce contrajo la mandíbula en un súbito arrebato de ira. Semejante antro era lo último que los pobres de St. Giles necesitaban. Esos lugares que separaban a las madres de sus hijos, que destruían familias... Era donde la gente buena y decente iba a enfermar y morir. Una sentencia tan certera como la soga del verdugo, pero sin la clemencia de la cuerda. A diferencia del camino al patíbulo, el internamiento en uno de esos lugares no requería de juez ni jurado. No admitía defensa alguna.

Al fin y al cabo, ¿qué defensa cabía contra el crimen de ser pobre?

No; sus planes no incluían casas de trabajo. Tenía otras ideas. Reformas honestas y transparentes que beneficiarían a los habitantes de los barrios bajos y, en última instancia, a sí mismo.

—No me interesa la caridad —sentenció el joven.

—Llámelo entonces un contrato de negocios.

—¿Un contrato de negocios con «usted»? —La voz de Gabriel era aterciopelada y cargada de desprecio—. Antes preferiría meterme en la cama con un escorpión. Guarde su dinero —le aconsejó—. Todo lo que quiero en esta velada es que me presente a mis superiores. —Señaló hacia la salida con un leve gesto—. Si es tan amable.

El vizconde dejó caer la pluma, guardó el talonario y cerró el cajón con un golpe.

—¿Acaso las gentes de bien de esta ciudad no han hecho ya bastante por sanear St. Giles? —espetó—. Y con éxito, además. ¡Los bajos fondos han sido prácticamente erradicados!

Era una visión común entre las clases pudientes. St. Giles se encontraba en el corazón del Londres elegante, rodeado por los barrios más acaudalados. Años atrás, parte de aquellos distritos se había despejado para abrir paso a la construcción de la calle New Oxford. Pero los desdichados que antaño ocuparan aquellas pensiones, tabernas y tugurios no

se habían desvanecido por arte de magia. Simplemente se habían visto hacinados en un área todavía más pequeña, donde la miseria de su existencia quedaba ahora oculta a la vista del gran público.

—Que no sea capaz de vernos no significa que hayamos dejado de existir. La gente de los barrios bajos sigue allí; solo que ahora se hacinan a centenares en un solo sótano.

Una mueca de asco cruzó el rostro del vizconde.

—Cuánta suciedad y depravación. Maldigo el día en que Tobias Wingard puso los pies en ese lugar.

—Y, sin embargo, los puso. Y fue directo a mi casa de apuestas. Con un fajo de documentos de lo más impresionante encima, además.

El otro se estremeció ante el recuerdo.

—Está bien. Haré lo que pueda por usted —cedió, dando un paso al frente hasta detenerse frente a él—. Pero le advierto, Royce: si en cualquier momento me expone al menor cuestionamiento...

—¿Usted me advierte «a mí»?

Dio un paso adelante hasta quedar cara a cara. Esta vez, el vizconde no retrocedió.

—Será una destrucción mutua.

Gabriel sonrió tenuemente.

—No se engañe. Puede que logre destruir mi negocio, pero jamás podrá destruirme a mí. Las ratas de alcantarilla como yo siempre sobrevivimos, de una manera u otra. En cambio, los grandes señores como usted... —Soltó una risotada—. No le quedaría mucho futuro a lord Salomón en Whitehall una vez que las pruebas de fraude le cuelguen del cuello como una soga, ¿verdad?

Compton palideció.

—¡Cómo se atreve a pronunciar semejante calumnia en mi propia casa, donde mi esposa o uno de mis criados podría...!

—Descuide, milord.

Le propinó una fuerte palmada en la espalda y de nuevo, le indicó con un gesto que se adelantara.

—No tengo intención de decir ni una palabra al respecto. Siempre y cuando sepa comportarse —añadió.

El vizconde le lanzó una mirada cargada de puro odio antes de abrir, al fin, la puerta de la biblioteca a regañadientes. Gabriel lo tenía acorralado, y ambos lo sabían. No tenía la menor intención de soltar a su presa, ni en ese momento ni en el futuro; el respaldo del aristócrata era un activo demasiado valioso como para arriesgarlo. Contar con un político suponía tener un as en la manga, por lo que era el primer interesado en mantener impoluta la reputación de su rehén. De ello dependía la supervivencia de los barrios bajos y, con ella, la suya. Ya no era posible desligar ambos destinos.

Abandonaron la biblioteca y cruzaron el vestíbulo, de una opulencia abrumadora y suelo de mármol. Una suntuosa escalera de estilo italiano los condujo hacia la planta de arriba, donde se encontraba el salón de baile. Gabriel subió los peldaños al compás de su reacio anfitrión.

En el ascenso se cruzaron con dos jovencitas ataviadas con vestidos de seda en tonos pastel y faldas de gran vuelo. Al verlo, ambas se sonrojaron y soltaron risitas tras sus abanicos mientras apresuraban el paso escaleras abajo. A poca distancia las seguía un sirviente calvo con un sencillo traje negro. «El mayordomo», supuso. Era un tipo corpulento que, a juzgar por el bulto torcido que tenía por nariz, no parecía tener reparos en recurrir a la violencia.

Había sido una suerte que, al llegar, le hubiera abierto la puerta un lacayo joven y dócil en lugar de aquel individuo tan siniestro. El desenlace podría haber sido muy distinto.

—¿Desea que le ayude, milord?

—No se moleste, Parker —respondió el vizconde sin detenerse—. Un invitado de última hora. Yo mismo lo presentaré.

El hombre los siguió con la mirada, con el ceño fruncido por la sospecha, mientras pasaba de largo. En respuesta, Gabriel le lanzó un guiño burlón.

Los iguales se reconocen entre sí. Era una creencia que nunca le había fallado y que le había servido de gran ayuda en su ascenso desde los barrios bajos. Había aprendido a distinguir a los de su especie.

El mayordomo era uno de ellos.

Y el otro era el vizconde Compton.

Ciertamente, a pesar de toda la pompa y el boato, y de aquellas damiselas de rostros de porcelana que cuchicheaban entre ellas, tenía motivos de sobra para sentirse como en casa.

En la planta superior, el acceso al salón de baile estaba enmarcado por dos imponentes columnas de mármol. Unos lacayos flanqueaban las puertas abiertas y se inclinaron al verlos pasar.

Dentro, las parejas que bailaban eran demasiadas para contarlas. Se deslizaban sobre el suelo de madera pulida al compás de la música, en un torbellino de fracs y faldas de volantes de una amplitud inverosímil. Las joyas de las damas centelleaban bajo el intenso resplandor de los apliques de gas y de las dos monumentales arañas de cristal.

El aristócrata lo guio por un lado de la estancia, donde los invitados se agolpaban contra las paredes, algunos de pie y otros sentados.

—Aquel es lord Trefusis —dijo, indicando con la barbilla a un anciano sentado junto a los ventanales de densas cortinas de terciopelo verde—. Un caballero generoso, según dicen. Posee tierras en Northumberland. Y ese otro hombre de allí, junto al helecho, es sir Newton Cobble, un terrateniente de Cornualles.

Los observó con inmediato escepticismo. Aquellos ancianos de campo estaban muy lejos de ser los acaudalados progresistas londinenses que había imaginado sumar a su causa.

Compton señaló a otro individuo, aún más anciano que los anteriores.

—Aquel caballero de la trompetilla, es lord Upton-Frye, un barón de Yorkshire de buena cuna. Si lo que busca son limosnas para los pobres, él es el hombre indicado —comentó, lanzándole una mirada de desprecio apenas disimulado—. ¿Y bien, señor? ¿A cuál de ellos desea que le presente? Supongo que todos le resultan desconocidos.

Le sostuvo la mirada con frialdad. Tras su enfrentamiento en la biblioteca, había dado por hecho que entraría en vereda. Pero, en lugar de eso, parecía creer que podía tomarle el pelo. ¿Por qué, si no, intentaba endosarle a ancianos decrépitos de escasa influencia en vez de presentarle a caballeros con verdadero poder?

Aquella ofensa no podía pasarse por alto. Perdonar una afrenta era invitar a otras muchas.

Tenía la firme intención de abordar el asunto y recordarle a la fuerza el daño real que era capaz de infligirle. Pero no allí. No esa noche. Aquella velada estaba destinada a encontrar benefactores para la gente de St. Giles; no solo terratenientes, sino hombres que supieran cómo se movían los hilos en Londres y que contaran con el capital, tanto económico como político, para invertir.

Dándole la espalda a su insolente anfitrión, se dispuso a examinar a los invitados por su cuenta. Era de una ignorancia imperdonable asumir que los caminos de los desposeídos y los de alta alcurnia nunca se cruzaban. De hecho, él mismo había colocado a antiguos residentes de los barrios bajos en muchas de las grandes mansiones de Mayfair. Trabajaban como pinches de cocina, mozos de cuadra o lacayos; fregando ollas, limpiando establos y avivando el fuego de las chimeneas.

Y el flujo del comercio entre clases sociales no se movía en una sola dirección.

Los hijos de la aristocracia frecuentaban con regularidad su casa de apuestas en St. Giles. Visitaban a los comerciantes de ginebra, a los traficantes de carne y las tabernas, entregándose a los peores vicios e inventando algunos nuevos de paso. A menudo, Gabriel tenía que lidiar con ellos al final de sus juergas, impartiendo su particular justicia al estilo de los callejones.

Reconocía varios rostros familiares entre los distinguidos invitados. Todos ellos, ciudadanos ejemplares a juzgar por su aspecto. Nadie adivinaría que el apuesto y joven barón Mannering una vez apostó hasta la ropa que llevaba puesta y terminó pasando la noche en un callejón, en paños menores. O que lord Powell, heredero del condado de Ingram, estaba tan hundido en deudas con prestamistas usureros que había acudido dos veces a su establecimiento, apestando a alcohol barato y llorando como un niño para suplicarle que interviniera.

Gabriel había accedido, por supuesto.

Era preferible que los jóvenes lores estuvieran en deuda con él antes que con un miserable mercader de vinos o un prestamista de tres al cuarto. La influencia era una moneda de cambio; sabía cómo sacarle

provecho, cómo convertirla en un arma. Aquello no tenía precio, más aún cuando la superficie de los barrios bajos menguaba año tras año. Si el terreno seguía reduciéndose, el distrito corría el riesgo de desaparecer por completo, y no tenía la menor intención de verse desplazado y sin poder. No mientras estuviera en su mano evitarlo.

La orquesta cerró el galope con un floreo de cuerdas y metales. Tras un último giro o dos y unos vivaces *chassés,* el baile llegó a su fin. Varias parejas abandonaron la pista y otras tantas ocuparon su lugar antes de que comenzara la siguiente pieza.

Fue entonces cuando, a través de un hueco entre la multitud, observó la entrada de dos recién llegadas. Una era una dama de la alta sociedad: rubia, de busto generoso y cuajada de joyas. La otra era una joven de porte excepcional. Ataviada con un vestido de baile de seda azul noche, se mantenía erguida y altiva junto a su compañera, con la barbilla ligeramente elevada mientras recorría la sala con una mirada desapasionada; denotaba más el hastío de la realeza que la lozanía de una joven de veintitantos años. Del mismo modo debió de contemplar Cleopatra a una turba de romanos indisciplinados.

El parecido no hacía sino acentuarse gracias a la impactante belleza de la joven. Tenía el cabello negro azabache, recogido en un elaborado moño a la altura de la nuca, y una impecable piel cálida, de un tono marfil dorado, quedaba al descubierto por las mangas cortas y el pronunciado escote del corpiño.

Percibió su presencia con el mismo desapego instintivo con el que advertía cualquier anomalía en su entorno. Se percató de su hermosura y de su inusual confianza, pero no se dejó impresionar. Había visto a innumerables mujeres atractivas a lo largo de su vida; sus encantos podían variar, pero, en el fondo, todas eran intercambiables.

Una dama rubia, ataviada con sedas de color ámbar, se acercó a recibirlas. Era la esposa de Compton. Nunca la había tratado formalmente, pero reconoció su rostro pálido al instante. Era una heredera cuando se casó con el vizconde: una mujer de fortuna considerable y de una inteligencia notoriamente escasa. Presa fácil para hombres como el propio vizconde, que solo buscaban dinero y poder.

A lo lejos, tras intercambiar reverencias y una breve conversación con la matrona rubia, lady Compton se volvió hacia la multitud en busca de su marido. Lo encontró con facilidad.

—Veo que no he sido el único en llegar tarde —comentó a media voz al ver a las tres damas dirigirse hacia ellos.

Compton siguió su mirada con evidente tensión.

—Esa es mi señora esposa —dijo, sin sospechar que ya sabía exactamente de quién se trataba—. Y aquella es lady Belwood, esposa de sir Walter Belwood. En cuanto a la joven que la acompaña... —Esta vez, se quedó mirando fijamente—. Aún no he tenido el placer. Sin duda, su señoría deseará presentárnosla.

Gabriel sintió que los músculos de su rostro se tensaban. Tenía tan poco interés en ser presentado a damas de alta alcurnia como en conocer a viejos terratenientes de Northumberland. Pero era demasiado tarde para eludir aquella tediosa obligación; lady Compton ya se abalanzaba sobre ellos con sus dos invitadas a la zaga.

—¡Milord! —exclamó al alcanzarlos—. ¡Gracias a Dios que has regresado! Confío en que esto signifique que tus asuntos en la biblioteca han concluido por esta noche. Te has perdido la llegada de los Martindale y de la marquesa de Whitby. Y aquí está lady Belwood, que acaba de llegar; ha traído a su pupila, la señorita Flite, para que honre nuestra fiesta con su presencia.

—Mis disculpas —respondió el vizconde, dedicando una reverencia a las recién llegadas—. Lady Belwood. Señorita Flite. —Se demoró contemplando en el rostro de la joven un instante antes de resignarse a cumplir con las presentaciones—. Permitidme que os presente al señor Royce, un conocido mío. Estábamos tratando unos asuntos de beneficencia, pero ya está zanjado. Le he invitado a que se una a nosotros. ¿Señor Royce? Mi esposa, lady Compton. Y esta es nuestra vecina, lady Belwood, y su acompañante, la señorita Flite.

Ocultando su creciente impaciencia, Gabriel hizo una reverencia a las tres damas con tanta cortesía como si fuera un auténtico caballero.

—Lady Compton. Lady Belwood. Señorita Flite.

Al erguirse, le sostuvo la mirada a la joven una fracción de segundo más de lo que dictaba el decoro. Sus ojos eran del azul más profundo que

había visto jamás; bajo la luz de los apliques de gas, se asemejaban más a un morado oscuro.

—La señorita Flite acaba de regresar de París, tras completar su formación —detalló lady Belwood, con un aleteo de su abanico de plumas de avestruz—. Se alojará conmigo en la calle Brook durante la temporada.

—¿Es pariente suya? —quiso saber Compton—. Me parece recordar que una de sus primas segundas se casó con un italiano. ¿O era con un español?

La mujer agitó el abanico con renovado ímpetu.

—No es pariente de sangre. Conocí a su... ejem... a su tutor cuando yo era joven. Le prometí que, cuando llegara el momento, la introduciría en sociedad. Es lo menos que podía hacer.

—Me sorprende no haberme cruzado con usted antes, señorita Flite —comentó la anfitriona—. ¿Es esta su primera visita a la capital?

—Así es, milady. —Al responder, la horquilla de cristal tallado con forma de libélula anidada en su cabello centelleó con el movimiento de la cabeza.

Lady Compton estudió con una mirada dubitativa su elegante rostro y su figura.

—No me parece usted una muchacha de campo. Pero si se ha formado en París...

—Hoy en día, los internados de señoritas logran maravillas —interrumpió lady Belwood con presteza—. Las jóvenes salen de allí con una distinción excepcional. Se las puede llevar a cualquier parte.

Gabriel le lanzó una mirada gélida al vizconde. Ya era bastante malo perder el tiempo con viejos terratenientes y damas frívolas que no hacían más que agitar sus abanicos, ¿también debía fingir interés por aquellas «escuelas de etiqueta»? Hasta que él intervino, los niños de St. Giles no habían conocido escuela alguna. A los cinco años, tanto niños como niñas ya estaban trabajando; la alternativa era la inanición.

Compton fingió no percatarse de su ira y mantuvo su atención fija en su esposa... y en la señorita Flite.

—Debe traerla con usted a la velada musical de la semana que viene —continuó la anfitriona—. Para entonces, mi hija Carena ya habrá

regresado de Hampshire. Cantará un aria de *Lucrezia Borgia* para nosotros. Habrá una cena antes. —Tocó el brazo de su amiga con afecto—. Aún tiene intención de asistir, ¿verdad?

La joven intercambió una mirada silenciosa con su acompañante, quien pareció tensarse bajo el escrutinio.

—Ejem, sí. Es decir, había pensado...

—¡Oh, pero debe venir! Apenas la vemos. Y seguro que la señorita Flite desea conocer a otros jóvenes.

Lady Belwood esbozó una sonrisa forzada.

—Si usted insiste, no tendré más remedio que traerla.

Ambas damas se enredaron entonces en una breve conversación sobre la cena y los múltiples eventos organizados antes de que terminara la temporada. El vizconde se vio arrastrado a la conversación por mediación de su esposa, que buscaba su opinión sobre cada detalle.

Así fue como la joven y Gabriel quedaron momentáneamente al margen de la charla. Permanecieron en silencio, uno frente al otro; ella, atenta a lo que hablaban los demás, y él, listo para emprender la huida. No había ido allí para perderse en conversaciones banales sobre cenas o veladas musicales. Habría aprovechado mejor el tiempo alternando con alguno de esos viejos terratenientes; al menos con ellos tendría alguna remota esperanza de ganar influencia para la gente del barrio. Allí no lograría nada.

Decidió que le dedicaría un par de palabras de cortesía y luego se marcharía.

Cruzaron miradas brevemente.

—¿Un internado para señoritas en París, dijo?

—En efecto —afirmó, devolviendo su atención a los demás.

—¿Y lo es?

—¿El qué, señor? —respondió de manera distraída.

—Una señorita.

Ella esbozó sonrisa felina.

—Al contrario —negó—. No he hecho más que empezar.

Él le devolvió la sonrisa, ligeramente divertido por lo que percibió como un flirteo propio de una dama. Se disponía a responder cuando se dio cuenta de que no lo estaba mirando mientras hablaba.

Miraba al vizconde Compton.

❋❋❋

Effie recorrió el pasillo de la planta baja, ricamente alfombrado e iluminado por apliques de gas, con paso pausado pero decidido. Lord Compton había dicho que la biblioteca era el lugar donde solía tratar sus negocios; una revelación fortuita que ella había atrapado al vuelo en cuanto él la pronunció.

Había esperado la mayor parte de la velada para encontrar la oportunidad de escabullirse. Hasta ese momento, su tarjeta de baile había estado demasiado llena para permitirse un respiro, a excepción de una breve visita al tocador de las damas. Todo un éxito, dadas las circunstancias. Al fin y al cabo, era Nell, y no ella, quien estaba destinada a encandilar a los hombres con su belleza; un destino que se truncó aquel fatídico día en el tejado de la academia. De no haber sido por su propia debilidad, habría sido Nell quien estuviera en ese momento allí, preparándose para provocar la ruina de lord Compton.

Pero ya que estaba allí, pensaba dar lo mejor de sí misma. Puede que no fuera dulce ni delicada, ni poseyera una piel de porcelana perfecta, pero cinco años en París le habían enseñado a sacar partido de sus propias fortalezas. Lo que le faltaba en belleza clásica, lo compensaba con creces con su seguridad y originalidad.

En cuanto terminó el baile previo al banquete y los invitados se dirigieron al comedor, se escabulló para cumplir con sus propios planes.

Las voluminosas faldas de su traje parisino crujieron suavemente sobre el miriñaque de alambre mientras se aproximaba a las puertas dobles de la biblioteca. Lo había adquirido en una *maison* en la Rue de la Paix. Era una prenda hermosa, confeccionada en seda azul de Prusia, con un corpiño de escote bajo que dejaba al descubierto cuello y hombros, y una cintura implacablemente estrecha que realzaba sus modestas curvas. Aquello, sumado a la singularidad de sus rasgos y la determinación de su actitud, la habían ayudado a alcanzar el objetivo en la velada: se había vuelto memorable, una joven a quien lady Compton —y cualquier otra

anfitriona de la buena sociedad— se sentiría obligada a invitar a todos los eventos de la temporada.

También la había ayudado a captar la atención de los caballeros presentes. Según la directora, lord Compton era un admirador de las mujeres hermosas, y era su deber intentar, al menos, atraer sus impulsos masculinos.

Un intento fallido, por lo visto. El canoso vizconde no había mostrado el menor interés en ella, ni se había revelado como el villano que esperaba. Se había mostrado excesivamente cortés, dirigiéndose a ella con un aire más paternal que de admirador. Ni siquiera le había pedido un baile. De hecho, aparte de una única mirada encendida —que comenzaba a preguntarse si no habría malinterpretado—, se había mantenido a una distancia prudencial.

Al contrario que los caballeros más jóvenes: a juzgar por lo mucho que le dolían los pies, podría jurar que había bailado con todos los hombres de entre dieciocho y cuarenta años.

«Bueno, quizá no con todos».

El enigmático señor Royce había destacado entre la concurrencia de forma tan acusada como un perro salvaje en mitad de una jauría de falderos. No solo porque no le hubiera suplicado un baile, ni por algún descuido en su indumentaria, sino por algo en su postura y en sus ojos de un azul pálido: tan fríos, duros y distantes.

Recordaba la forma en que la había mirado cuando los presentaron. Había cierta distancia en su mirada que, sumada al rictus sombrío de su mandíbula y al evidente escepticismo de su ceño, lo hacía parecer ajeno a la riqueza y los excesos de los rutilantes lores y damas que los rodeaban.

Al igual que Compton, el señor Royce no había mostrado un interés especial por ella; ni siquiera se había molestado en demorar su partida. Tras las presentaciones y un fugaz intercambio de palabras sobre su estancia en París, se había mezclado entre la concurrencia sin mirar atrás. Solo lo había visto una vez más: enfrascado en una solemne conversación con un caballero mucho mayor junto a los ventanales del salón.

Una pena; podría haber hecho la velada interesante.

Tal como estaban las cosas, le pareció que el desafío de esa noche había sido demasiado simple. No podía creer que se hubiera angustiado

tanto por ello. Aquellas primeras noches en la habitación de invitados de lady Belwood, en la calle Brook, se había pasado horas desvelada en la cama, abrazada a *Franc* y consumida por las preocupaciones.

No había mentido cuando le dijo a Nell que no había forzado una cerradura en cinco años, como tampoco se había colado en ninguna habitación prohibida ni le había robado nada a nadie. ¿Y si...?

Sus temores se esfumaron. En cuanto abrió una de las puertas de paneles de madera y se adentró en la biblioteca, cualquier ansiedad ante la posibilidad de toparse con lord Compton —o con cualquier otra persona— se disipó al instante. La estancia la recibió a oscuras y en silencio, con los apliques de gas y la chimenea apagados. La única fuente de luz provenía de los altos ventanales situados junto al pesado escritorio de nogal, donde la claridad de la luna llena se filtraba a través de las cortinas para iluminar suavemente los tinteros, el papel secante y la pila de correspondencia sin leer que cubría la superficie del mueble.

El resto de la amplia habitación estaba sumido en la penumbra. Hubo un tiempo en que aquello no habría supuesto un problema. De niña, se había acostumbrado a orientarse sin luz. Controlar la oscuridad había sido una de las lecciones más tempranas de la señorita Corvus. Una estudiante de la academia no debía depender de nada, ni siquiera de una vela. Tenía que ser capaz de encontrar el camino con sigilo, sin miedo y con una autosuficiencia absoluta. Sin embargo, había pasado demasiado tiempo en la Ciudad de la Luz. Aunque no temía a la oscuridad, hacía mucho que había perdido el hábito de moverse en ella como un gato. Soltó un suave suspiro de alivio al comprobar que el escritorio estaba iluminado.

Era un mueble imponente, tallado con relieves, repleto de cajones, pequeñas portezuelas y otros tantos recovecos. Deslizó la yema del dedo trazando una línea lánguida por el borde del escritorio hasta alcanzar la pila de cartas. Ojeó los sobres a la luz de la luna; estaban listos para ser enviados y dirigidos a diversos caballeros. Ninguno parecía sospechoso, pero ¿cómo podía saberlo sin romper los sellos?

Los devolvió con cuidado a su lugar. No iba a arriesgarse a quedar al descubierto abriendo la correspondencia de Compton.

Primero registraría el escritorio. Según la señorita Corvus, los crímenes del vizconde pertenecían al pasado, por lo que era más probable encontrar algún rastro de ellos oculto en algún rincón en lugar de puestos por escrito en una carta a un tercero.

Tomando asiento en el borde de la silla de cuero, con las faldas ondeando a su alrededor, puso toda su atención en los cajones. El primero que intentó abrir estaba cerrado con llave. El segundo también. Los sacudió con cuidado, maldiciendo su suerte. ¡Maldita Nell! Ella, la de las ganzúas y los dechados codificados... Era de esperar que acabara teniendo razón: le faltaba práctica.

Alzó la mano hacia su brillante horquilla de libélula. Formaba parte de un juego de tres piezas en vidrio tallado y engarzado en un sólido alambre negro; al igual que el traje, se la habían hecho para ella en París.

Estaba justo insertándola en la cerradura del primer cajón cuando el silencio de la biblioteca se rompió con el inconfundible rasgueo de una cerilla.

Una llama brotó de entre las sombras, iluminando el rostro de un caballero mientras este encendía un cigarrillo. Estaba sentado en uno de los sillones de cuero al otro lado de la estancia, con el frac desabrochado, los guantes a un lado y el corbatín desanudado.

Se quedó petrificada. Era el señor Royce. No necesitó una linterna para reconocerlo: las facciones duramente esculpidas —de pómulos altos, mejillas hundidas y mandíbula angulosa— y los gélidos y penetrantes ojos azules resultaban inconfundibles incluso bajo el fugaz resplandor del fósforo y el azufre.

—¿Se ha perdido, señorita Flite?

Se irguió lentamente detrás del escritorio, volviendo a ponerse la horquilla en el pelo. No flaqueó ni un ápice en su compostura.

—Claro que no, señor. Solo estaba buscando a alguien.

Ambos se miraron. Él apagó la cerilla de un soplido y la arrojó al cenicero de cristal que había en la mesa a su lado.

—Tal vez lo haya encontrado.